

Raymond Carr (1919-2015). In Memoriam

En una conferencia que pronunció en la Biblioteca Nacional, en Madrid, el 25 de enero de 1990 –un inteligente ejercicio de suave ironía y elegante iconoclastia intelectual–, Carr atribuyó su vocación por España a un simple accidente, a que Brenan no quisiera escribir para Oxford University Press el libro, *España 1808-1939*, que luego él, Carr, escribió; contra la historia científica, cuantitativa y economicista, defendió la biografía y la historia narrativa; frente a preocupaciones teóricas y metodológicas, Carr dijo que él como historiador carecía de método, que su metodología era, sencillamente, leer a los clásicos. No mentía. “Todo es un accidente”, le gustaba decir contra toda versión determinista de la vida y de la historia. Siempre dijo que *Mahoma y Carlomagno* de H. Pirenne, la *Historia del pueblo inglés en el siglo XIX* de Elie Halévy, *Idea de la Historia* de Collingwood y *La estructura de la política en tiempos de Jorge III* de Lewis Namier eran los libros que más influyeron en su visión de la historia; su primera idea de España partió de su lectura de Richard Ford y Gerald Brenan. Ironía como lucidez, una mesurada y divertida excentricidad, conversación brillante, observaciones penetrantes y siempre originales, escepticismo metodológico y narrativa inteligente fueron sin duda los elementos definidores de su personalidad y de su obra.

Carr, nacido en Bath en 1919 –referencia muy engañosa: le gustaban el sur de Inglaterra, los tranquilos y bellos pueblos de aquella región en varios de los cuales (Winfrid, Washford, Wooton, Hythe, Brokenhurst) su padre fue profesor de enseñanza primaria, y, como mostró en su libro sobre la caza del zorro, la Inglaterra rural de la aristocracia y la *gentry* que novelaron Anthony Trollope y Thomas Hardy (como en España le interesaron, y mucho, la obra y el mundo literario de Delibes)–, Carr, decía, formó parte de una generación historiográfica excepcional, de la generación británica de la posguerra (Alan Taylor, John Plumb, Kitson Clark, Trevor Roper, Geoffrey Elton, Christopher Hill, Alan Bullock, Hobsbawn, Richard Cobb, Lawrence Stone, D. MacSmith, James Joll, Asa Briggs, E. P. Thompson,...), y dentro de ella, de lo que se llamó la “escuela de Oxford” (un nombre inapropiado: nunca fue una escuela homogénea). Carr hizo, en efecto, toda su carrera en Oxford. Primero, 1938, como estudiante (becario) en Christ Church College, el colegio más rico e influyente de la universidad; luego como “fellow” de New College, profesor de H^a de América Latina y, más tarde, de 1968 a 1988, “warden”, director, de St. Antony’s College, el colegio fundado en 1948 por Antonin Besse, y desde el primer momento uno de los mejores centros de Oxford de estudios internacionales. Carr fue –con Trevor Roper, Cobb, Hill, Bullock, MacSmith y otros– la mejor expresión de la historiografía de Oxford de los años 1950-80, una universidad bajo la influencia de personalidades como Isaiah Berlin, Maurice Bowra y Lewis Namier, y una historiografía definida, como probaba el propio Carr, ante todo por un estilo intelectual: revisionismo crítico, horror a las generalizaciones, narrativa inteligente.

España 1808-1939 (en inglés, 1966; en español, 1969), la gran obra de Carr, una obra maestra, irreplicable, una de las más importantes contribuciones hechas por un historiador británico a los estudios hispánicos en el siglo XX y cuya elaboración le llevó veinte años, era historiografía de Oxford en estado puro: narrativa compleja, visión amplia y plural de España y carente, en todo caso, de interpretaciones abusivas, simplificaciones ideológicas, estereotipos y reduccionismos sociológicos, carente, en suma, de toda visión esencialista de España. Era la historia de una España entre el liberalismo y la reacción —una España, 1808-1939, de aristocracia débil, generales políticos, poder civil frágil, especuladores, periodistas destacados y abogados, un país rural, con un 70 por 100 de analfabetismo y capital y tecnologías pobres—, donde el liberalismo, para Carr la verdadera fuerza dinámica y modernizadora de casi siglo y medio de historia española, contó con pocas posibilidades de éxito porque se enfrentó a la resistencia al cambio de la derecha tradicional y con el doctrinarismo irresponsable de la izquierda.

Carr publicó luego, además de nuevas ediciones de su libro —alguna prolongada hasta 1975— *English Fox-Hunting. A History* (1976: “mi mejor libro, me encantó escribirlo”, dijo, con ironía desacralizadora, en una entrevista), *La tragedia española: la guerra civil en perspectiva* (1977), *España, de la dictadura a la democracia* (1979), *La España moderna 1875-1980* (1980), *Puerto Rico. A colonial experiment* (1984) y *El rostro cambiante de Clío* (2005), y como director y coordinador, *Estudios sobre la República y la guerra civil española* (1973), *La época de Franco (1939.1975). I* (1996), *Visiones de fin de siglo* (1999) e *Historia de España* (2001) (y siguió escribiendo críticas de libros —en realidad, pretexto para su personalísima visión de las cosas— en *The Spectator* hasta 2011, con 92 años). Bajo su dirección —un estilo informal y aparentemente descuidado—, St. Antony’s, donde Carr sustituyó a William Deakin (a Carr le sucedió Ralf Dahrendorf) fue por unos años uno de los centros más atractivos de Oxford: mientras se terminaba la construcción de Wolfson, el colegio que iba a dirigir, Isaiah Berlin fue una presencia casi diaria en St. Antony’s entre 1967 y 1972; Tulio Halperín dirigió el Centro de Estudios Latino Americanos de éste en 1970-71; Zeldin fue siempre miembro del College; el Taller de Historia Social, creado por Ralph Samuel, Tim Mason y Joaquín Romero Maura, reunía allí sus seminarios; en 1970, se creó, con financiación del Banco Urquijo, el Centro de Estudios Ibéricos, con Romero Maura como director; Richard Storry creó en St. Antony’s el primer centro de estudios sobre Japón de la universidad. Carr tuvo un número sensible de discípulos directos y un número altísimos de discípulos no directos pero decisivamente influidos por él, historiadores excelentes, personalidades singulares: Joaquín Romero Maura, Ezequiel Gallo, Malcolm Deas, Adrian Lyttelton, Margaret MacMillan, Shlomo Ben Ami, José Varela Ortega, Vasco Pulido Valente, Tom Burns, Paul Preston, Charles Powell,...

Un gran hombre, un poco excéntrico: dijo de Carr John H. Elliott (por quien Carr sentía, como en España por Jover, verdadera estimación). Ironía, inteligencia perspicaz y algo escéptica, especial capacidad crítica para observar lo singular y distinto, divertido, informal, desordenado: esos fueron a mi entender, como ya ha quedado dicho, los rasgos definidores de su personalidad. De origen discreto, si no modesto, triunfó en Oxford y de forma inmediata, precisamente por su personalidad. Sin duda

–nunca lo negó– le atrajeron la alta vida social, en la que se integró por su matrimonio con Sara Strickland, y el brillante mundo social-intelectual de Oxford. Lo interesante fue lo contrario: la fascinación que él, Carr, ejerció sobre los círculos de la aristocracia inglesa y de la elite intelectual oxoniense en los que vivió desde 1938.

Juan P. FUSI AIZPÚRUA
Universidad Complutense de Madrid